***En la boca del lobo***

Me acerco despacio a la puerta de madera de la vieja mansión, con la pistola agarrada con fuerza en una mano. No me arrepiento de haber venido, aunque sé que no es buena idea irrumpir así en el escondite de la asesina en serie que lleva varios meses atemorizando a la ciudad, la sanguinaria Petra Delicado, y mucho menos sin el resto de mi equipo. Sin embargo, esta investigación ha llegado a un punto en el que mi seguridad es lo de menos. Especialmente, tras la desaparición de mi compañero y mejor amigo mientras buscaba el rastro de la homicida.

Intentando que no me tiemble el pulso, empujo el portón con el hombro y me interno en la fría oscuridad de la casa. No se oye el menor ruido mientras avanzo, con la linterna proyectando un débil haz de luz que parece mofarse de mi esfuerzo. Doy pasos lentos para no tropezar, pero no puedo evitar sobresaltarme cada vez que algo me roza la piel.

Atravieso diversas estancias, de las que apenas puedo percibir las formas vagas de los muebles, hasta que mi linterna parpadea varias veces y se apaga. Maldigo entre dientes y la golpeo con la palma de la mano, logrando que se encienda de nuevo. Apenas unos segundos después, suelta un chasquido y la luz desaparece, sumiéndome en la más absoluta oscuridad.

Dejo de caminar, sin atreverme a mover ni un músculo mientras el miedo se retuerce en mi interior y me oprime las entrañas. Los rítmicos latidos de mi corazón me retumban en las sienes y acompañan mi respiración entrecortada.

Un ruido sutil detrás de mí, el sonido de alguien acercándose.

Corro en un intento de alejarme de mi perseguidora, avanzando a trompicones en busca de una salida. No oigo nada más que el sonido de mis pies contra el suelo, mientras me golpeo con muebles y paredes, apenas iluminados por la débil luz que dejan pasar las ventanas.

Un estallido a mis espaldas, un dolor atroz en el hombro y caigo al suelo de bruces. Me vuelvo entre temblores y atisbo el rostro de Petra en la oscuridad, un brillo de diversión en su mirada fría. Levanta la mano.

Me cubro la cara con los brazos. Ahora sí me arrepiento de haberme metido en la boca del lobo, pero ya es demasiado tarde para eso.

Y todo se vuelve negro tras una nueva detonación.